# O

Inauguro el diario con los sucesos de esa noche:

Yo la vi. Estaba ahí. En el rincón, al lado del ventilador de pie apagado que pronto, quizá en noviembre, encenderíamos cada noche. Estaba en la sombra, pero ella misma tenía algo, sutil, de luz propia.

Mi abuela.

No podía ser. Quise pellizcarme, apretarme los ojos, frotarlos.

Siguió ahí.

Me meé cuando la vi acercarse.

Se detuvo al pie de mi cama y dijo una sola cosa.

–La Cumbrecita.

Y grité.

Gabriel se despertó y le conté.

–Julia…, tengo un amigo psiquiatra, ya sabés…

Ese fue el principio del viaje y el fin de la pareja.

# 1

Tengo todo sin resolver: Gabriel, mi vieja, los trabajos, dónde vivo.

Me siento una niña a la que, al fin y al cabo, se la pusieron fácil y, a pesar de todo, *no puede*.

Difícil fue lo de mis abuelos, o lo de sus padres en Polonia, o mi vieja de adolescente. Cada vez que lo pienso un poco, la bronca del secreto se vuelve lástima y no sé qué hacer (todavía se me cierra la garganta y quiero golpearla fuerte, a ella, a todos, no puedo creerlo).

Por eso, primero, es este viaje y el tema de mis abuelos.

Me toca a mí.

Tengo tanta bronca que por primera vez siento la necesidad de escribir. Que estar en el micro con el cuaderno es lo único útil, lo que debo hacer. Dejar registro, ordenar, respirar entre las palabras y asumir ese envión que ahora es mío.

¿Para qué estoy yendo?

¿Para reprocharles el silencio a mi vieja y al tío?

¿Reconocer una huella de mis abuelos, sentirlos más cerca, saber más?

¿Para *encontrarlos*?

## 2

Julia salió del hostel –no podía creer que fuera el único barato en todo el pueblo– y atravesó ese sendero angosto que dividía la montaña como si fuera una rajadura. Lo hizo rápido, apoyando las manos en las paredes rocosas. Como no quería ir por el camino tradicional, descendió por el bosque. Este era un atajo que había descubierto el segundo día: acortaba el paso hacia la calle principal y cruzaba una plaza llena de árboles que, por lo general, nadie usaba.

Se escuchó a sí misma desde un lugar nuevo, una voz, quizá la suya: "¿Por qué agarrás por acá, si no te gustan estos peligros?".

"Porque tengo que hacerlo".

Había que bajar por entre unos robles, saltar unos troncos caídos y unos metros más allá había un caminito que confluía con uno oficial hecho de piedras que se escalonaba hasta el monumento a los Pioneros, tallado en la entrada principal de la plaza.

Ese día tampoco había gente en los bancos.

Llegó a la calle principal y respiró profundo. Volvió a ponerse tensa al pasar por delante del monumento, pero no había otra forma. Si descendía por el camino tradicional salía a la principal más adelante, claro, pero bordeaba la parte de atrás del hotel La Cumbrecita, donde estaban el gimnasio y las vigas de esa construcción abandonada por la mitad. Tuvo la misma sensación de la primera vez que subió al hostel y pasó por ahí: algo no cerraba. Recordó el gimnasio impecable, vidriado. Las máquinas eran nuevas y un trabajador limpiaba de espaldas. El resto de las paredes del hotel eran color ladrillo y estaban oscurecidas, degradadas. Las cortinas de las habitaciones estaban cerradas a excepción de las más altas, siempre abiertas y difíciles de ver.

Sacudió la cabeza. Definitivamente prefería ir por el atajo, aunque tuviera que pasar por ese monumento que le daba escalofríos.

Vio, otra vez, la fachada grandilocuente del hotel La Cumbrecita, una madera con las letras talladas en dorado y diseño arquitectónico de castillo, rectangular, impoluto.

El aviador sin una pierna saludaba desde una de las ventanas altas.

Siguió caminando. Se había levantado tarde y en una hora y media empezarían a llegar las primeras oleadas de turistas. Si no se apuraba tendría que dejarlo para cuando atardeciera.

El día de subir al cementerio era este; se sentía segura, hoy podía. Pero tampoco quería postergar lo de Helmut…

Haría las dos cosas.

Los locales y las casas se sucedieron en el orden que sabía: el cartel del naturista con el dibujo de un hongo, el restaurante suizo anunciando sus *raclettes* de queso fundido, el local de recuerdos con un gnomo estampado en la pared y letreros con promociones (3 × 2 en cervezas Peñón del Águila, 5 × 4 docenas de empanadas de membrillo). Una callecita se abría solitaria –como un callejón de tierra– y bajaba a la cabaña con cortinas que sólo estaban entreabiertas a la mañana o a la noche. La panadería con su cartel tallado WILLKOMMEN!, irónico en esas horas sin gente. Cruzó de lado para no pasar por la cervecería Berlín, todavía cerrada, donde ella y Luis habían comprado la tarde anterior, y vio de nuevo los descuentos escritos con tiza en un pizarrón con guirnaldas rústicas: si llevabas los cuatro tipos de salchichas te regalaban media pinta.

"Lo de Arno", dijo esa voz, aunque ahora Julia dudaba de que fuera suya… cosa que sabía que pasaría en esas tierras. ¿Cómo sabía el nombre del dueño?

Luego estaba lo de Helmut, casi a la entrada del pueblo. Había que bajar, cerca del río que terminaba sucio y sin caudal. Más allá estaba el puente, el edificio de Información Turística, de un lado, y la terminal de

la empresa Pájaro Blanco, del otro. Era el único medio de transporte. Desde Córdoba capital hasta Villa General Belgrano había otras empresas, pero de ahí a Los Reartes, Santa Rosa, La Cumbrecita… era en Pájaro Blanco o en auto. PUEBLO PEATONAL, anunciaba un cartel antes del puente. En efecto, los autos quedaban fuera, en un estacionamiento natural a medio kilómetro: más allá, estaban prohibidos. A menos que se tratase de un residente.

La voz, nuevamente: "¿Cómo te sentiste cuando este tal Arno, de la nada, te dio la mano?".